



WILLIAM HOPE WODGSON
AGUAS PROFUNDAS

Edición de 1979 de los relatos marinos de William Hope Hodgson. Posteriormente se han reeditado con otros nombres (*Cuentos de alta mar / Desde el mar sin mareas / La nave abandonada / La nave abandonada y otros relatos de horror en el mar*) pero el contenido es el mismo. Según Francisco Ruiz Fernández en «*Los fundamentales de cyberdark.net: Terror y misterio sobrenatural*»: «Más allá de Coleridge, si ha habido un autor capaz de juntar lo bello y lo horrible del océano en sus relatos, ése es Hodgson. Buen novelista pero ante todo magnífico cuentista, nos describe, desde su propia experiencia, los avatares y los terrores del marino de finales del siglo XIX. Dentro de su producción destaca *La nave abandonada*, la que podría ser considerada como su compilación de relatos por excelencia... un libro que (nunca mejor dicho) sumerge al lector en los terrores ocultos bajo la superficie del mar, una compilación que es la mejor aproximación posible a uno de los cuentistas por excelencia dentro del género de terror».

La nave abandonada

The Derelict (1912)

—Es el material... —dijo el anciano médico de a bordo—. El material, más las condiciones y, tal vez —agregó lentamente—, un tercer factor... sí, un tercer factor, aunque habría que ver, habría que ver...

Interrumpió su frase un poco meditabunda y empezó a cargar la pipa.

—Siga, doctor —dijimos, alentándolo, y con algo más que una ligera expectativa. Estábamos en el salón de fumar del San-a-lea, viajando por el Atlántico Norte; el doctor era todo un personaje. Terminó de cargar la pipa y la encendió; después se acomodó y empezó a explicarse en detalle:

—El material es inevitablemente —dijo con convicción—, el medio de expresión de la fuerza de la vida... el punto de apoyo, por decirlo así, en cuya ausencia ésta es incapaz de expresarse a sí misma o, en realidad, de expresarse en cualquier forma o modo que sea inteligible o evidente para nosotros. El papel del material en la producción de eso que llamamos Vida es tan poderoso y la fuerza de la vida está tan ansiosa de autoexpresarse que estoy convencido de que, dadas las condiciones correctas, ésta se manifiesta incluso a través de un medio tan poco prometedor como es un pedazo de madera; afirmo, caballeros, que la fuerza de la vida es a un tiempo tan ferozmente apremiante y tan in-

discriminada como el fuego... el destructor; sin embargo, hay quienes empiezan a considerar a la esencia misma de la vida como exuberante... Hay aquí una exquisita paradoja aparente —concluyó, hamacando su vieja cabeza gris.

—Sí, doctor —dije—. En resumen, usted argumenta que la vida es una cosa, un estado, un hecho o un elemento, llámela como quiera, que demanda un material a través del cual manifestarse, y que dado el material, más las condiciones, el resultado es la vida. En otras palabras, que la vida es un producto de la evolución, manifiesto a través de la materia y multiplicado a partir de las condiciones... ¿No es cierto?

—Tal como entendemos la palabra —dijo el anciano doctor—. Aunque, fíjese, podría haber un tercer factor. Pero estoy íntimamente convencido de que es una cuestión de química; condiciones y un medio adecuado, pero una vez dadas las condiciones, el animal es tan omnipotente que se aferrará a cualquier cosa en la que pueda manifestarse. Es una fuerza engendrada por las condiciones, pero, con todo, esto no nos acerca ni un milímetro a su explicación, no más que a las explicaciones de la electricidad o del fuego. Pertenecen, los tres, a las fuerzas externas: monstruos del vacío. Nada que esté a nuestro alcance puede crear alguna de ellas; nuestro poder se limita a hacer, suministrando las condiciones, para que cada una de ellas se manifieste a nuestros sentidos físicos. ¿Me explico?

—Sí, doctor, en cierto sentido —dije—. Pero no estoy de acuerdo con usted, aunque creo que lo entiendo. Tanto la electricidad como el fuego son lo que podríamos llamar cosas naturales, pero la vida es algo abstracto... una especie de vigilia que todo lo penetra. Oh, no puedo explicarlo, ¡quien podría! Pero es espiritual; no sólo algo surgido de una condición, como el fuego, según dice usted, o la electricidad. El suyo es un pensamiento horrible. La vida es una especie de misterio espiritual...

—¡Tranquilo, muchacho! —dijo el anciano doctor sonriendo suavemente—. O de lo contrario podría pedirte que demostraras el misterio espiritual de la vida de la lapa o del cangrejo, digamos. —Me dirigió una sonrisa de inefable perversidad—. De todos modos —continuó—, supongo que como todos habrán adivinado, tengo para contarles una historia increíble que apoya mi impresión de que la vida no constituye un misterio o un milagro mayor que el fuego o la electricidad. Pero, por favor recuerden, caballeros, que aunque hayamos logrado darles nombre y aprovecharlas, estas dos fuerzas, siguen siendo, en lo fundamental, tan misteriosas como antes. Y, de cualquier manera, lo que voy a contarles no explicará el misterio de la vida; sólo les brindará uno de los pretextos sobre los que descansa mi sensación de que la vida es, como he dicho, una fuerza que se manifiesta a través de condiciones (es decir, la química natural) y que puede tomar para sus propósitos y necesidad la materia más increíble e improbable porque sin materia, no puede existir... no puede manifestarse...

—No estoy de acuerdo con usted, doctor —interrumpí—. Su teoría destruiría toda creencia en una vida posterior a la muerte. Haría que...

—Silencio, hijo —dijo el anciano, con una serena sonrisa de comprensión—. Primero escucha lo que tengo para decir y, de todos modos, ¿qué objeción tienes para la vida material, después de la muerte? y si rechazas un marco material, aún te haría recordar que estoy hablando de la vida, tal como entendemos la palabra en esta, nuestra vida. Ahora tranquilízate, muchacho, o no terminaré nunca:

Ocurrió cuando era joven, es decir, hace muchos años, caballeros. Había rendido mis exámenes, pero estaba tan agotado por el exceso de trabajo que se decidió que me vendría bien un viaje por mar. No estaba en buena posición económica y al fin y al cabo me alegró procurarme un módico puesto de médico en un clíper de vela para pasajeros, que se dirigía a China.

La embarcación se llamaba Bheopte y poco después de cargar todo mi equipo a bordo desamarró, y nos dejamos caer por el Támesis; al día siguiente nos habíamos alejado ya por el Canal.

El capitán se llamaba Gannington, un hombre muy honesto aunque bastante iletrado. El primer piloto, el señor Berlies, era un hombre sereno, austero, reservado, muy educado. El segundo piloto, el señor Selvern, era, tal vez por cuna y crianza, el más cultivado socialmente de los tres, pero carecía del vigor y la resolución indomable de los otros dos. Era más bien un sensitivo y en lo emotivo, e incluso en lo mental, el más alerta de los tres.

Hicimos escala en Madagascar, donde desembarcamos algunos pasajeros, después seguimos en dirección al este, con la intención de hacer otra escala en el Cabo Noroeste, pero a unos cien grados este topamos con un tiempo espantoso, que nos llevó todas las velas y abatió el botalón de bauprés y el mástil del juanete de proa.

La tormenta nos llevó varios cientos de millas al norte y cuando por fin nos dejó nos encontramos en muy malas condiciones. La embarcación, puesta a prueba había dejado entrar casi un metro de agua a través de las costuras de los tablones; la mastelera mayor se había quebrado, además del botalón de bauprés y el mástil del juanete de proa; habían desaparecido dos botes, como así también una de las jaulas para cerdos (con tres espléndidos ejemplares), que fue arrastrada por el agua apenas media hora antes de que el viento amainara, lo que ocurrió con rapidez; el mar siguió muy picado durante varias horas.

El viento se calmó justo al anochecer y el amanecer trajo consigo un tiempo espléndido: un mar calmo, apenas ondulado y un sol brillante, sin viento. Nos mostró además que no estábamos solos porque a unas dos millas al oeste había otra embarcación que el señor Selvern, el segundo piloto, me señaló.

—Es un paquebote bastante singular, doctor —dijo y me tendió el catalejo. Miré por él hacia la otra embarcación y vi lo que quería decir; al menos, creí verlo.

—Sí, señor Selvern —dije—. Tiene un aspecto bastante anticuado.

Se rió de mí, con su agradable modo de ser.

—Es fácil advertir que usted no es marino, doctor —observó—. Hay una docena de cosas singulares en él. Es una nave abandonada y ha estado flotando, por lo que se ve, durante unos cuantos años. Mire la forma de la bovedilla, y la proa, y el tajamar. Es tan vieja como las colinas, podríamos decir, y tendría que haberse ido a reunir con Davy Jones^[1] hace un buen tiempo. Mire las excrecencias que tiene y el espesor de los aparejos fijos; calculo que todo eso son incrustaciones de sal, ¿nota el color blanco? Ha sido una barca pequeña: fijese que apenas si le queda un metro de arboladura superior. No queda nada en las eslingas; todo está podrido; me pregunto si los aparejos fijos no habrán desaparecido también. Me gustaría que el viejo nos permitiera ir en bote a darle un vistazo; podría valer la pena.

Sin embargo, parecía poco probable que esto ocurriera porque se necesitaban todos los tripulantes y éstos estuvieron ocupados todo el día reparando mástiles y aparejos, lo que como pueden imaginar, llevó un largo tiempo. Durante un rato les di una mano, haciendo girar un cabestrante de cubierta; el ejercicio me hacía bien para el hígado. El viejo capitán Gannington dio su consentimiento y lo convencí de que se uniera a mí y probara la misma medicina, cosa que hizo; mientras trabajábamos fuimos intimando.

Hablamos del navío abandonado y señaló lo afortunados que habíamos sido al no dar de lleno con él en la oscuridad ya que estaba en línea recta a sotavento de nosotros, tomando como base la dirección en que nos había hecho derivar la tormenta. Además, opinaba que tenía un aspecto extraño y que era bastante viejo, pero era evidente que en este último punto conocía mucho menos que el segundo

piloto porque, como he dicho, era un hombre iletrado y no sabía nada sobre barcos de mar, aparte de lo que la experiencia le había enseñado. Carecía del conocimiento libresco que tenía el segundo piloto sobre embarcaciones anteriores a su época, a las que pertenecía evidentemente la nave abandonada.

—Es una de las viejas, doctor —fueron todas sus observaciones al respecto.

Sin embargo, cuando le mencioné que sería interesante abordarla y recorrerla, asintió con un movimiento de cabeza, como si la idea ya hubiese estado en su mente y se ajustara a sus propias inclinaciones.

—Cuando terminemos el trabajo, doctor —dijo—. Usted bien sabe que no puedo desperdiciar hombres ahora. Debemos tener todo listo tan pronto como podamos. Pero tomaremos mi falúa y saldremos en la segunda guardia. El barómetro está firme y será como un paseo para nosotros.

Esa tarde, después del té, el capitán ordenó que prepararan la falúa y la pasaran por encima de la borda. El segundo piloto iba a venir con nosotros y el patrón de a bordo le indicó que pusiera dos o tres lámparas en el bote porque pronto caería la noche. Poco después remábamos a través del mar en calma, con una tripulación de seis remos y a muy buena velocidad.

Bien, caballeros, les he detallado con gran exactitud todos los hechos, tanto los mayores como los menores, de modo que puedan seguir paso a paso cada incidente de este asunto extraordinario; quiero que ahora presten la más cuidadosa atención.

Yo iba sentado a popa con el segundo piloto y el capitán, que se encargaba del timón; cuando nos acercamos más a la nave extraña, la estudié con atención creciente, cosa que también hacían el capitán Gannington y el segundo piloto. Estaba, como saben, en dirección oeste con respecto a nosotros y el crepúsculo desplegaba tras ella una gran llama de luz roja, de modo que el contorno era borro-

so y vago, a causa del halo de la luz, que casi derrotaba cualquier intento de la mirada por ver los mástiles y los aparejos fijos, sumergidos como estaban en la ígnea gloria del crepúsculo.

Fue por este efecto del crepúsculo que nos habíamos acercado bastante, en comparación, al navío abandonado, antes de que viéramos que estaba rodeado por completo por una especie de curiosa película de materia, sobre cuyo color era difícil decidirse debido a la luz roja de la atmósfera, aunque más tarde descubrimos que era marrón. Esta película rodeaba la nave en una extensión de varios centenares de metros, formando un parche enorme, irregular, del que se desprendía hacia el este, por sobre nuestro costado de estribor, a unas veinte brazas de distancia, un poderoso hedor.

—Materia extraña —dijo el capitán Gannington, inclinandose sobre el borde y observándola—. Debe de haberse podrido algo en el cargamento y se abrió paso a través de las juntas.

—Observen las amuras y la popa —dijo el segundo piloto—. Fíjense en lo que crece sobre ella.

Tal como decía había grandes aglutinaciones de una fungosidad marina de extraño aspecto bajo las amuras y la corta bovedilla de popa. Del muñón del botalón de bauprés y el tajamar colgaban grandes barbas de escarcha y excrecencias marinas hacia la película marrón que circundaba el navío. El liso costado de estribor daba a nosotros, toda una superficie muerta, de un color blancuzco sucio, rayada y manchada vagamente con masas opacas de color más denso.

—Está brotando vapor o niebla de ella —dijo el segundo piloto, hablando otra vez—. Se lo puede ver contra la luz. Se mantiene fluctuando. ¡Miren!

Vi lo que quería decir: una tenue bruma o vapor estaba suspendida sobre el antiguo navío o se alzaba de él, y el capitán Gannington también lo vio:

—¡Combustión espontánea! —exclamó—. Tendremos que tener cuidado cuando alcemos las escotillas; a menos que haya algún pobre diablo a bordo, pero no me parece.

Ahora estábamos a unos doscientos metros del viejo navío abandonado y habíamos penetrado en la sustancia marrón. Cuando goteó de los remos alzados, oí que uno de los hombres murmuraba para sí: «¡maldita melaza!» y, en realidad, era algo por él estilo. A medida que el bote se acercaba más y más al viejo barco, la sustancia se hacía más y más densa, tanto que al fin disminuyó notablemente nuestro avance.

—¡Remen, muchachos! ¡Un poco de pulmón! —voceó el capitán Gannington, y de allí en adelante sólo se oyó el sonido de los hombres jadeando y el succionar repetido, leve, de la tétrica sustancia marrón sobre los remos, a medida que el bote se esforzaba por avanzar. Mientras nos movíamos, tomé conciencia de un olor especial en el aire crepuscular y, aun cuando no tenía dudas de que lo alzaban los remos al agitar la película marrón, sentí que en cierto modo era vagamente familiar; sin embargo no pude darle nombre.

Ahora estábamos muy cerca del viejo navío y pronto se alzó sobre nosotros contra la luz moribunda. El capitán gritó entonces:

—¡Fuerte con los remos de proa, y estén listos con el bichero! —orden que fue cumplida.

—¡Eh! ¿hay alguien a bordo? ¡Eh! ¡Eh! ¿hay alguien a bordo? —gritó el capitán Gannington; pero sólo le respondió el desafinado sonido de la voz perdiéndose en mar abierto, cada vez que llamaba.

—¡Eh! ¿Hay alguien a bordo? ¡Eh! —gritó, una y otra vez, pero sólo nos contestaba el cansado silencio del antiguo casco; mientras él gritaba, en el momento que miré hacia arriba con cierta expectativa, me invadió un extraño y leve sentimiento de opresión que llegaba casi al nerviosismo. Luego se disipó, pero recuerdo cómo advertí de pron-

to que estaba oscureciendo. La oscuridad cae con bastante rapidez en los trópicos aunque no tanto como parecen creer muchos narradores; pero no se trataba de la oscuridad, que en esos pocos momentos se había profundizado de modo perceptible, sino de que los nervios me habían vuelto de pronto algo hipersensible. Menciono en especial mi estado porque por lo común no soy un hombre excitable y mi súbita punzada de nervios fue significativa, si se tiene en cuenta lo que ocurrió.

—¡No hay nadie a bordo! —dijo el capitán Gannington—. ¡A los remos, hombres! —porque la tripulación del bote había descansado instintivamente sobre los remos, cuando el capitán gritó hacia la vieja embarcación. Los hombres volvieron a remar y entonces el segundo piloto gritó excitado:

—¡Caramba, miren, allí está nuestra jaula de cerdos! Miren, tiene la palabra Bheotpte pintada en un extremo. Ha derivado hasta aquí y la película marrón la atrapó. ¡Qué bendita maravilla!

Tal como había dicho, era la pocilga que había sido llevada por las aguas durante la tormenta y era extraordinario que hubiera llegado allí.

—La remolcaremos al volver —observó el capitán y le gritó a la tripulación que se esforzaran con los remos porque éstos apenas movían el bote, debido a que la sustancia marrón era tan densa cerca de la vieja nave que literalmente obstruía el avance del bote. Recuerdo que me impresionó como algo curioso, de un modo a medias consciente, que la pocilga con nuestros tres cerdos muertos hubiese podido adentrarse tanto sin ayuda, mientras que nosotros apenas podíamos forzar el bote para que penetrara dentro de aquella materia. Pero el pensamiento se me fue de la mente porque ocurrieron muchas cosas en los minutos siguientes.

Los hombres consiguieron poner el bote junto al costado, a unos sesenta centímetros del navío abandonado y el

hombre del bichero lo engancho.

—¿Pudiste engancharlo, allá adelante? —preguntó el capitán Gannigton.

—¡Sí, señor! —dijo el hombre de proa y cuando habló se oyó un extraño ruido a desgarramiento.

—¿Qué fue eso? —preguntó el capitán.

—Se rajó, señor. ¡Se rajó limpiamente! —dijo el hombre y el tono indicaba que había recibido una especie de conmoción.

—¡Vuelve a engancharlo entonces! —dijo el capitán Gannington, irritado—. ¡No esperarás que este cascarón haya sido construido ayer! Empuja el bichero dentro de las cadenas principales —el hombre lo hizo, podría decirse que con cautela; en la oscuridad creciente me pareció que no se esforzaba con el gancho, aunque, desde luego, no era necesario; como comprenderán, el bote no podía ir muy lejos por sus propios medios dentro de la materia en la que estaba empotrado. Recuerdo haber pensado esto mientras alzaba la cabeza hacia el costado sobresaliente del antiguo navío. Entonces oí la voz del capitán Gannington:

—¡Señor! ¡Sí que es viejo! ¡Y qué color, doctor! ¡No necesita pintura, ya lo creo!... Bien, que alguien me alcance uno de los remos.

Le pasaron un remó, y lo alzó, y lo apoyó contra el antiguo flanco saliente; hizo una pausa y le ordenó al segundo piloto que encendiera un par de lámparas y estuviera listo para alcanzárselas cuando subiera; la oscuridad se había posado sobre el mar.

El segundo piloto encendió dos de las lámparas, y le dijo a uno de los hombres que encendiera una tercera y la mantuviera a mano en el bote; después cruzó, con una lámpara en cada mano, hasta donde el capitán Gannington estaba de pie junto al remo que se apoyaba en el costado de la nave.

—Ahora, compañero —le dijo el capitán al hombre que había remado—, sube y te alcanzaremos las lámparas.

El hombre saltó para obedecer, se agarró del remo, cargó su peso sobre él y, al hacerlo, algo pareció ceder un poco.

—¡Miren! —gritó el segundo piloto y señaló con la lámpara en la mano—. ¡Se hundió!

Era cierto. El remo había hecho un agujero considerable en el costado sobresaliente, un poco resbaloso, del antiguo navío.

—Moho, supongo —dijo el capitán Gannington inclinandose hacia el barco abandonado para observar. Después, dirigiéndose al hombre. Arriba, compañero, y muévete... ¡No te quedes esperando!

Ante estas palabras, el hombre, que haba hecho una pausa momentánea cuando sintió que el remo cedía bajo su peso, empezó a trepar y en pocos segundos estuvo a bordo y se asomó por encima de la barandilla en busca de las lámparas. Se las alcanzaron y el capitán le ordenó que afirmara el remo. Entonces le tocó al capitán Gannington, que me ordenó que lo siguiera, y después de mí al segundo piloto.

Cuando el capitán se asomó por sobre la barandilla emitió un grito de asombro:

—¡Moho, por Dios! ¡Moho... en toneladas!... ¡Dios mío!

Cuando lo oí gritar eso, trepé con más ansiedad detrás de él y uno o dos segundos después pude ver lo que quería decir. En todos los lugares bañados por la luz no había más que suaves y grandes masas y superficies de un moho de color blancuzco. Pasé por encima de la barandilla, con el segundo piloto siguiéndome de cerca, y nos detuvimos sobre las cubiertas forradas de moho. A juzgar por lo que sentíamos con los pies bien podría no haber tablones bajo el moho. Cedía bajo nuestros pasos, con una sensación esponjosa, blanduzca. Cubría los avíos de cubierta de la vieja

nave, de modo tal que la forma de cada implemento o accesorio con frecuencia apenas si se sugería bajo él.

El capitán Gannington le arrebató una lámpara al tripulante y el segundo piloto tomó la otra. Sostuvieron las lámparas en alto y todos miramos. Era algo extraordinario y, en cierto sentido, sumamente abominable. No puedo pensar en otra palabra, caballeros, que describa mejor el sentimiento predominante que me afectó en ese momento.

—¡Por el Señor! —dijo el capitán Gannington varias veces—. ¡Por el Señor! —pero ni el segundo piloto ni el tripulante decían nada y, por mi parte, me limité a mirar y al mismo tiempo empecé a olfatear un poco el aire; había un olor incierto algo familiar, que por algún motivo me provocó un sentimiento de temor conocido a medias.

Me volví a uno y otro lado mirando como he dicho. En algunos puntos el moho era tan denso como para disimular por completo lo que había abajo convirtiendo los implementos de cubierta en montículos indeterminables de moho, todos color blanco sucio, manchados y veteados con señales irregulares de púrpura opaca.

Había algo extraño en el moho que el capitán Gannington nos hizo notar: era que nuestros pies no lo trituraban ni traspasaban la superficie, como era de esperar, sino que se limitaban a causar depresiones.

—¡Nunca he visto algo así!... ¡Nunca! —dijo el capitán, después de haberse agachado para examinar el moho bajo nuestros pies. Lo golpeó con el talón y la materia emitió un sonido apagado, blanduzco. Se agachó una vez más, con un movimiento veloz, y observó con atención, manteniendo la lámpara cerca de la cubierta—. ¡Bendito sea, es como una piel uniforme! —dijo.

El segundo piloto, el tripulante y yo nos agachamos y lo miramos. El segundo piloto lo empujó con el índice y recuerdo haberlo golpeado varias veces con los nudillos para oír el sonido muerto que emitía mientras notaba la textura cerrada, firme del moho.

—¡Una masa! —dijo el segundo piloto—. ¡Es como una bendita masa! ¡Puf! —se irguió con un movimiento rápido—. Me pareció que hedía un poco —dijo.

Cuando dijo esto, supe de pronto qué era lo que había de familiar en el olor incierto que se cernía sobre nosotros: que el olor tenía algo de animal, algo semejante al olor que puede olfatearse en cualquier sitio infestado de ratones, sólo que más denso. Empecé a mirar a nuestro alrededor con una inquietud repentina, muy concreta... Podía haber vastas cantidades de ratas hambrientas a bordo... Podían resultar muy peligrosas si estaban muertas de hambre; sin embargo, como comprenderán, en cierto sentido vacilaba en exponer mi idea como razón para la cautela; era demasiado fantasiosa.

El capitán Gannington había empezado a dirigirse a la popa, por el puente cubierto de mohos, con el segundo piloto; cada uno sostenía la lámpara en alto, como para arrojar una buena luz sobre el navío. Me volví con rapidez y los seguí, con el tripulante pisándome los talones y evidentemente intranquilo. Mientras avanzábamos, tomé conciencia de una sensación de humedad en el aire y recordé la tenue niebla, o humo sobre el viejo barco, que había llevado al capitán Gannington a sugerir la combustión espontánea como explicación.

Mientras avanzábamos nos seguía aquel olor incierto, animal, y, de pronto, me encontré deseando que estuviéramos bien lejos del antiguo navío.

Súbitamente, unos pasos después, el capitán se agachó y señaló una hilera de formas ocultas por el moho a cada lado de la cubierta.

—Cañones —dijo—. Supongo que ha sido de un corsario, en los viejos tiempos ¡o algo peor! Echaremos un vistazo abajo, doctor; podría haber algo que valiera la pena. Es más viejo de lo que pensaba. El señor Selvern piensa que tiene unos trescientos años; pero no creo que sea tan viejo.